



«Absorbente... Slingerland describe cómo las sociedades humanas han sido moldeadas positivamente por el alcohol»

—THE WALL STREET JOURNAL

CÓMO BEBIMOS, BAILAMOS
Y TROPEZAMOS EN NUESTRO
CAMINO HACIA LA CIVILIZACIÓN

BORRACHOS

Edward Slingerland

TRADUCCIÓN DE VERÓNICA PUERTOLLANO

DEUSTO

**Borrachos: cómo
bebimos, bailamos y
tropezamos en nuestro
camino hacia la
civilización**

EDWARD SLINGERLAND

Traducción de Verónica Puertollano



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Drunk: How We Sipped, Danced, And Stumbled Our Way To Civilization*

© Edward Slingerland, 2021. Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Verónica Puertollano, 2022

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2022

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3380-3

Depósito legal: B. 11.065-2022

Primera edición: septiembre de 2022

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Black Print CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	13
1. ¿Por qué nos emborrachamos?	29
El pirateo del cerebro: porno y moscas de la fruta muy salidas	37
Resacas evolutivas: monos borrachos, <i>kimchi</i> líquido y agua contaminada	41
No sólo Twinkies y porno: más allá de las teorías de la resaca y del pirateo.	46
Un auténtico misterio evolutivo: el enemigo en la boca que se escabulle del cerebro	50
Un misterio genético: somos simios hechos para drogarnos	58
Un misterio cultural: la prohibición que no se impone en el mundo entero	67
¿Pepinillos para los antepasados?	76
2. Una puerta abierta a Dionisio	79
El nicho ecológico humano: creativo, cultural y comunitario . .	84
El animal creativo	90
El animal cultural.	99
El animal comunitario.	107
Recuperar la mente del niño	116
La mente borracha.	119
La puerta abierta a Dionisio.	126

3.	La intoxicación, el éxtasis y los orígenes de la civilización. . .	131
	Una visita de la musa: intoxicación y creatividad.	135
	Cachorros químicos: lobos convertidos en labradores.	141
	El apretón de manos químico: <i>in vino veritas</i>	150
	Las vomitonas y la exaltación de la amistad	162
	El éxtasis líquido y la mente colmena.	170
	Poder político y solidaridad social.	181
	Selección de grupo cultural	187
4.	La intoxicación en el mundo moderno	191
	Salas de whisky, tabernas y el pico de Ballmer	194
	La verdad es el color azul: los chamanes modernos y las microdosis.	204
	Por qué Skype no ha acabado con los viajes de negocios.	211
	Las fiestas de empresa: sus ventajas, y no sólo sus inconvenientes	217
	Larga vida a los bares	223
	La belleza está en el ojo del que bebe: sexo, amistad e intimidad	228
	Efervescencia colectiva: chupitos de tequila y la fiesta del Burning Man	236
	El éxtasis: unas vacaciones del yo	242
	Es sólo <i>rock and roll</i> : una defensa del cuerpo hedonista.	251
	Es la hora de embriagarse.	257
5.	El lado oscuro de Dionisio	265
	El misterio del alcoholismo	268
	El problema del licor: una disparidad evolutiva.	275
	Aislamiento: el peligro de beber a solas	282
	Destilación y aislamiento: la doble maldición de la modernidad	288
	Alcoholemia al volante, peleas de bar y enfermedades venéreas	290
	Las «gafas cerveceras» y la violencia contra las mujeres.	296
	Absténganse personas ajenas y abstemias: el refuerzo de los clubes de caballeros	299
	¿Consuelo o discordia? El refuerzo de las malas relaciones	306
	Emborracharse con el cielo: más allá del alcohol	309
	Domesticar a Dionisio.	315
	Bares sobrios: una forma de conseguir el efecto placebo	316
	Beber con conciencia	318

Cuidado con los licores, y no bebas a solas.	320
La normalización del alcohol: los modelos del sur.	322
Un terreno de juego equilibrado para bebedores y no bebedores	324
Vivir con Dionisio.	326
Conclusiones.	329
Agradecimientos	339
Bibliografía	343
Índice analítico.	375

Capítulo 1

¿Por qué nos emborrachamos?

A la gente le encanta beber. Como señala el antropólogo Michael Dietler, «el alcohol es, con creces, el agente psicoactivo más extendido y consumido en mayor cantidad en el mundo. Según los cálculos actuales, hay más de dos mil cuatrocientos millones de consumidores activos en todo el mundo (alrededor de un tercio de la población del planeta)». ¹³ Y no es un fenómeno reciente: los humanos llevamos emborrachándonos muchísimo tiempo. ¹⁴ Las imágenes de gente bebiendo y de fiesta son tan abundantes en los registros arqueológicos más antiguos como ahora, en el siglo XXI, en Instagram. En una talla de veinte mil años de antigüedad hallada en el sudoeste de Francia, por ejemplo, se ve a una mujer —posiblemente una diosa de la fecundidad— llevándose un cuerno a la boca. Cabría pensar que lo está utilizando como instrumento musical, soplándolo para emitir un sonido, si no fuera porque es la parte ancha la que está más cerca de su boca. Está bebiendo algo, y es difícil creer que sea sólo agua. ¹⁵

13. Dietler, 2020, p. 115.

14. Véase un repaso general de la bebida en la historia de la humanidad en Forsyth, 2017; Gately, 2008, y McGovern, 2009.

15. *Venus con cuerno de Laussel*, de la colección del Musée d'Aquitaine; véanse más detalles en McGovern, 2009, pp. 16-17.

**Figura 1.1. *Venus con cuerno de Laussel*
(colección del Musée d'Aquitaine)**



El primer rastro directo de la existencia de las bebidas alcohólicas producidas *ex profeso* por humanos data de alrededor del 7000 a. C., en el valle del río Amarillo de China, donde se encontraron fragmentos de vasijas de una aldea del Neolítico temprano con restos químicos de una especie de vino —que seguramente no sabría muy bien, según los estándares modernos— elaborado a base de uvas silvestres y otras frutas, arroz y miel.¹⁶ Se tienen indicios de domesticación de la uva en la actual Georgia que se remontan al período 7000-6000 a. C. Unos fragmentos de cerámica hallados en la misma región, con representaciones de figuras humanas con los brazos levantados a modo de celebración, hacen

16. McGovern *et al.*, 2004; McGovern, 2020. También se tienen indicios de la elaboración de cerveza en la China antigua que se remontan a alrededor de cinco mil años atrás. Es improbable que esa mezcla de mijo, cebada y tubérculos ganara algún premio en un festival de cerveza contemporáneo, pero, al parecer, estos pioneros maestros cerveceros estuvieron probando varias recetas antes de la generalización de la agricultura sedentaria en la región (Wang *et al.*, 2016).

pensar que el destino de esas uvas era la copa, no el plato.¹⁷ Se han hallado restos de vino de uva, conservados con resina de pino —como se sigue haciendo hoy con los vinos griegos y otros—, en el actual Irán, en cerámicas del período 5000-5500 a. C., y, llegado el año 4000 a. C., la producción de vino ya se había convertido en una importante tarea colectiva. Una enorme cueva en Armenia pudo haberse utilizado como antigua gran bodega, con cuencas para pisar y prensar uvas, cubas de fermentación, vasijas de almacenamiento y varios recipientes para beber.¹⁸

Los pueblos neolíticos también fueron creativos a la hora de echarle cosas a la bebida: en las islas Orcadas, en el norte de Gran Bretaña, los arqueólogos han descubierto unas enormes tinajas de cerámica que datan del Neolítico y que al parecer contuvieron alcohol de avena y cebada, al que se le añadieron varios condimentos y alucinógenos suaves.¹⁹ El impulso humano de producir alcohol es impresionante por su inventiva y su antigüedad. Los habitantes de Tasmania golpeteaban una especie de árbol del caucho, cavaban un agujero en su base y dejaban que la savia acumulada fermentara y se convirtiera en bebida alcohólica; el pueblo koori, en lo que hoy es Victoria, en el sudeste de Australia, fermentaba una mezcla de flores, miel y resina para elaborar un embriagador licor.²⁰

Como sugiere la existencia de antiguas cervezas alucinógenas —aunque el alcohol sigue siendo la droga preferida en la mayoría de las grandes culturas del mundo—, los humanos han sido muy promiscuos a la hora de elegir su veneno y han añadido al alcohol otras sustancias intoxicantes o han encontrado sustitutos en los lugares donde no había alcohol.²¹ Los alucinógenos —que se suelen extraer de enredaderas, hongos y cactus— están entre los favoritos, y a veces se les otorga un estatus especial, superior al del alcohol. El pueblo védico de la India antigua, por

17. Gately, 2008, p. 3.

18. Barnard *et al.*, 2011.

19. Dineley, 2004.

20. Kirby, 2006, p. 212.

21. Hagen y Tushingham, 2019; Sherratt, 2005.

ejemplo, tenía alcohol, pero le provocaba cierto recelo, ya que cuestionaba la moralidad de esa forma de intoxicación. El mayor prestigio cultural y religioso se le confería al estado psicológico, el *mada*, producido por el *soma*, una droga alucinógena. *Mada* tiene la misma raíz que la palabra inglesa *madness* [locura], pero en sánscrito significa más bien «arrobamiento» o «dicha», un estado privilegiado de éxtasis religioso.

Se han encontrado botones de peyote y frijoles con mescalina del 3700 a. C., según su fecha de carbono 14, en moradas en cuevas del norte de México.²² Hay enormes tallas en piedra de rostros humanos o animales que incluyen setas con psilocibina y cerámicas donde aparecen cactus de mescalina encima de animales chamánicos, como el jaguar, de hasta el año 3000 a. C., lo que hace pensar que los alucinógenos fueron un factor central en los rituales religiosos de América Central y del Sur.²³ Se han encontrado más de un centenar de especies de alucinógenos en el Nuevo Mundo, y todas han sido utilizadas por los seres humanos desde hace milenios. El alucinógeno más extraño no puede ser otro que la secreción cutánea de ciertos sapos venenosos de América Central, la cual se puede disfrutar secando la piel y fumándola o añadiéndola a algún brebaje;²⁴ si vas con prisa, también puedes sujetar al sapo y lamerlo sin más.

En el Pacífico, culturas que nunca adoptaron el consumo de alcohol —posiblemente por la interacción negativa entre el alcohol y las toxinas adquiridas al ingerir el marisco del lugar— acabaron decantándose por la kava como intoxicante preferido.²⁵ La kava se elabora con la raíz procedente de un cultivo sometido a la

22. Rucker, Iliff y Nutt, 2018.

23. Véanse Carod-Artal, 2015; Schultes, 1972, a propósito de las «setas de piedra», y Sharon, 1972, pp. 115-116 sobre el cactus de San Pedro en una vasija de cerámica de la cultura chavín (1200-600 a. C.).

24. Las toxinas en cuestión, referidas en conjunto como «bufotoxinas», las producen los sapos del género *Bufo*; véase Carod-Artal, 2015.

25. Joseph Henrich (comunicación personal) ha conjeturado que, debido a la existencia de indicios de que el alcohol pudo agravar los efectos de la intoxicación causada por la ciguatera (un microorganismo tóxico que afecta a los peces de arrecife), aquellas culturas donde la ciguatera daba problemas recu-

domesticación intensiva, y que los humanos empezaron a dominar posiblemente en la isla de Vanuatu; los humanos llevan cultivándola tanto tiempo que ya no puede reproducirse por sí sola.²⁶ Tiene efectos narcóticos e hipnóticos y es un eficaz relajante muscular. La kava —que tradicionalmente se mascaba y se escupía en un cuenco que después se pasaban unos a otros siguiendo un estricto ritual— induce un estado de satisfacción y sociabilidad, y provoca un colocón más suave que el alcohol.

Y, hablando de colocoques, seríamos muy descuidados si no citásemos el cannabis, originario de Asia Central. Al parecer, los humanos de Eurasia llevan al menos ocho mil años fumando y «desconectando» y, en el 2000 a. C., el cannabis se convirtió en una droga recreativa muy comercializada y consumida.²⁷ Para hacernos una idea de lo antigua que es nuestra afición a la marihuana, baste con saber que, en un lugar de enterramiento en Eurasia Central del primer milenio a. C., se encontró a un ocupante masculino envuelto en un sudario confeccionado con más de una decena de plantas de cannabis.²⁸ En el siglo v a. C., el historiador griego Heródoto habló de unos aterradores guerreros escitas (nómadas a caballo de Asia Central) que, para relajarse, levantaban carpas con armazones de madera, disponían una enorme estufa de bronce en el centro a la que echaban un puñado de cannabis y procedían a agarrarse un colocón. Esta práctica la han corroborado otros hallazgos arqueológicos recientes, y se cree que la tradición de fumar marihuana en Asia Central podría remontarse a cinco mil o seis mil años atrás.²⁹ El Nota³⁰ estaría orgulloso.

rrieron a la kava. La distribución de las culturas en el Pacífico donde predomina la kava parece, en efecto, coincidir con la prevalencia de la ciguatera.

26. Lebot, Lindstrom y Merlin, 1992, p. 13.

27. Long *et al.*, 2016.

28. Hagen y Tushingam, 2019.

29. Véase Sherratt, 2005, pp. 26-27. Seguramente el cannabis se consumía junto con el opio en toda esta región.

30. The Dude, personaje protagonista de la película *El gran Lebowski* (Joel y Ethan Coen, 1998), interpretado por Jeff Bridges, que pasa sus días jugando a los bolos y fumando cannabis. (*N. de la t.*)

Otros pueblos de Eurasia que no disponían de cannabis se conformaron con fumar y mascar otras cosas. Los indígenas de Australia llevan milenios produciendo *pituri*, una mezcla de narcóticos, estimulantes y ceniza de madera que se consume como el tabaco de mascar, dejándose un montoncito en la cara interna de la mejilla. Sus principios activos son distintas variedades de tabaco local y un arbusto narcótico al que a menudo también se lo llama *pituri*. Es significativo que, en América del Norte, uno de los pocos lugares del mundo donde las poblaciones nativas no producían ni consumían alcohol, existiera un sistema muy sofisticado de cultivo y comercio regional del tabaco, y que los arqueólogos hayan recuperado allí varias pipas que datan del período 3000-1000 a. C.³¹ Aunque no tendemos a pensar en el tabaco como un intoxicante, las variedades cultivadas por los indígenas americanos eran mucho más fuertes e intoxicantes de lo que hoy se puede comprar en el estanco de la esquina. Cuando se mezcla con ingredientes alucinógenos, como era lo típico, pega muchísimo.³² El opio es otra droga que los humanos disfrutaban desde que nuestros antepasados lejanos descubrieron sus efectos sobre el cerebro. Restos hallados en Gran Bretaña y otras partes de Europa indican que treinta mil años atrás la gente ya consumía amapolas opiáceas, y otros rastros arqueológicos muestran que en el Mediterráneo se adoraba a las diosas de las amapolas en el segundo milenio a. C.³³

De modo que la gente lleva intoxicándose —emborrachándose, emporrándose o flipando con psicodélicos— muchísimo tiempo, en todo el mundo. No faltan libros amenos que documentan el gusto de nuestra especie por los intoxicantes y nuestras muy diversas formas de satisfacer el deseo de alterar la conciencia.³⁴ Como observa el gurú de la medicina alternativa Andrew Weil:

31. Carmody *et al.*, 2018.

32. La variedad de tabaco cultivada por la mayoría de las culturas indígenas, *Nicotiana rustica*, es mucho más fuerte que la variedad comercializada hoy, *Nicotiana attenuata*; los alucinógenos más comunes de los fumados tradicionalmente, junto con el tabaco, pertenecían a las especies *Datura* y *Brugmansia* (Fuller, 2000, p. 35; Carod-Artal, 2015; Schultes, 1972, pp. 46-47).

33. Dineley, 2004.

34. Guerra Doce, 2014.

«La ubicuidad del consumo de drogas es tan sorprendente que debe de constituir un apetito humano básico». ³⁵ En su repaso general de la impresionante variedad de tecnologías de intoxicación empleadas en todo el mundo, el arqueólogo Andrew Sherratt sostiene asimismo que «la búsqueda deliberada de la experiencia psicoactiva es probablemente tan antigua como, al menos, los seres humanos modernos, en términos anatómicos (y conductuales): es una de las características del *Homo sapiens sapiens*». ³⁶

Sin embargo, una incógnita relacionada con nuestro gusto por la bebida que no se suele analizar en los estudios históricos y antropológicos es por qué, de entrada, los humanos queremos emborracharnos. ³⁷ Desde el punto de vista práctico, emborracharse o colocarse parece una muy mala idea. A nivel individual, el alcohol es una neurotoxina que afecta a la cognición y la función motora y perjudica al cuerpo. A nivel social, el vínculo entre embriaguez y desorden social no es un invento de los *hooligans* del fútbol moderno o de los estudiantes universitarios. Las salvajes y peligrosamente caóticas bacanales —palabra derivada de *Baco*, el nombre que daban los griegos al dios Dionisio— eran parte de la vida cotidiana en la Grecia antigua. Las descripciones y representaciones visuales de los rituales y banquetes regados

35. Weil, 1972, p. 14.

36. Como señala Sherratt (2005, p. 33), en las zonas centrales del planeta, donde tuvieron su origen la agricultura y la civilización a gran escala, la droga predilecta era el alcohol de uva u otras frutas. Otros pueblos más al norte tendían a consumir narcóticos como el opio, el cannabis o el tabaco, mientras que los pueblos del sur se aficionaron más a los estimulantes, como la cocaína, el *khat*, el café o el té. La gente de todas partes también se está colocando con varios alucinógenos derivados de enredaderas, cactus o setas (Sherratt, 2005, p. 32).

37. Hay que señalar que, desde hace tiempo, en los círculos antropológicos se ha intentado explicar el consumo del alcohol desde el punto de vista funcional, que en su mayor parte ha solido centrarse en el alivio de los nervios o del estrés. Patrick (1982, pp. 45-47) aporta un buen resumen de las teorías antropológicas clásicas del período 1920-1940. Hablaremos más adelante de la teoría de la reducción del estrés y también de otros intentos más recientes de los antropólogos de explicar nuestro gusto por el alcohol.

con alcohol en la Antigüedad, desde Egipto hasta China, evidencian que hace mucho tiempo que el desorden, las broncas, la enfermedad, la inconsciencia inoportuna, las vomitonas y las relaciones sexuales ilícitas son un producto común del consumo de alcohol.

Los diversos alucinógenos consumidos por los humanos en todo el mundo son aún más peligrosos y desestabilizadores. Además de desconectarte por completo de la realidad, su propia composición química puede matarte fácilmente. Un pequeño árbol que crece en el desierto de Sonora, *Sophora secundiflora*, produce unos frijoles tan tóxicos que basta uno solo para casi matar de inmediato a un niño. Cabría pensar que la gente aprendería muy pronto a no acercarse a ellos. No fue así. Esto se debe a que el llamado «frijol de mezcal» también te puede provocar un supercolocón. Aunque no se tiene constancia de ningún valor culinario, se han descubierto trazas de frijol en restos arqueológicos de varios milenios atrás, cuando las culturas del desierto lo empleaban, obviamente, por su efecto intoxicante. Para un adulto, la dosis adecuada es medio frijol, y conviene no equivocarse. Comer más de eso provoca «náuseas, vómitos, dolor de cabeza, sudores, salivación, diarrea, convulsiones y parálisis de los músculos respiratorios. La muerte es por asfixia».³⁸ Sin duda, debieron de morir unas cuantas personas hasta que por fin se averiguó esto.

¿Por qué arriesgarse? Ya hablemos de frijoles alucinógenos terriblemente peligrosos, de narcóticos estupefacientes o del desorientador y tóxico alcohol, ¿por qué la gente no dice simplemente «no»? Dados los costes y los posibles daños que suponen los intoxicantes, se justifica que descartemos las justificaciones débiles y *ad hoc*, como ese puro cuento de que ayudan a hacer la digestión o a calentarse la sangre. A principios del siglo XIX, un defensor de la ley seca se burló, con razón, del tipo de racionalizaciones no respaldadas con pruebas que la gente acostumbra a soltar como justificación para darse a la bebida:

38. Siegel, 2005, p. 54.

El aguardiente, de un tipo u otro, es el remedio para todas las enfermedades, el elixir para todas las penas. Debe honrar la celebración en una boda; debe incitar a la tristeza en un funeral. Debe animar las relaciones de los amigos y aligerar la fatiga del trabajo. El éxito merece una copa, y el desengaño la necesita. La gente ocupada bebe porque está ocupada; los ociosos beben porque no tienen otra cosa que hacer. El agricultor necesita beber porque su trabajo es duro; el mecánico, porque su trabajo es sedentario y aburrido. Si hace calor, los hombres beben para refrescarse; si hace frío, beben para entrar en calor.³⁹

Podemos hacerlo mejor. Empecemos echando un vistazo a las explicaciones científicas comunes sobre el impulso humano de emborracharse. Tienen mejor pinta, *a priori*, que las racionalizaciones de las que se burlaban los prohibicionistas, pero al final son similarmente insatisfactorias.

El pirateo del cerebro: porno y moscas de la fruta muy salidas

A la gente le gustan los orgasmos. Desde un punto de vista científico, esto no es ningún misterio. Los orgasmos son placenteros porque es la forma que tiene la evolución de decirnos: «Buen trabajo. Sigue haciendo eso que estabas haciendo». En los entornos en los que hemos evolucionado, el orgasmo es una señal de que estamos avanzando hacia el objetivo central de la evolución, que es la transmisión de los genes a la siguiente generación.

No es un sistema perfecto, desde luego. Todo tipo de especies animales lo han sorteado con triquiñuelas desde que se inventó: desde los monos que se masturban, hasta los perros que intentan montarte la pierna. Sin embargo, los peores son los humanos. Por ejemplo, el *Homo sapiens* lleva produciendo pornografía el mismo tiempo que lleva haciendo cualquier cosa. Al parecer, cualquier nueva tecnología —talla lítica, pintura, litografía, cine-

39. De 1814. Citado en Blocker, 2006, p. 228.

matografía, internet— se utiliza al principio para la pornografía, principalmente. El tipo de figuras voluptuosas que aparecen en los yacimientos arqueológicos, como la Venus mostrada antes, suelen ser glosadas por los académicos como diosas madres o de la fecundidad. Puede ser. Es igual de probable que fuesen las precursoras de las páginas centrales de *Playboy* y sirvieran para la misma finalidad a quienes las crearon. En cualquier caso, desde el erotismo de la Antigüedad hasta las muñecas sexuales modernas, a la hora de engañar a la evolución, como en la mayoría de los frentes, los seres humanos no tenemos parangón.

Aun así, la evolución se ha mantenido bastante indiferente ante estas artimañas. No le preocupa la perfección, se conforma con lo que sea suficiente. Sin un método anticonceptivo fiable, el diseño básico que vincula el orgasmo al buen trabajo de transmitir tus genes ha funcionado muy bien a lo largo de la historia. Sin embargo, los recientes desarrollos tecnológicos trastocan gravemente esta relación. El preservativo y la píldora anticonceptiva separan el acto sexual del resultado para el que fue diseñado. Con la imprenta, las revistas de moda, las cintas VHS, los DVD y, por último, internet, cualquier persona ha podido acceder a una cantidad y variedad, antes inimaginables, de imágenes sexuales en la intimidad de su hogar. Este pirateo concertado de nuestros sistemas de recompensa puede, llevado a los extremos, socavar en parte los planes de la evolución.

Quizá el punto de vista más común sobre nuestro gusto por la intoxicación es que ésta conlleva precisamente ese tipo de pirateo de impulsos antes adaptativos. Según las teorías del «pirateo», el alcohol y otros intoxicantes son como la pornografía: algo que sólo desencadena los sistemas de recompensa del cerebro originalmente diseñados por la evolución para fomentar las conductas adaptativas, como el sexo. Esto no fue un problema durante la mayor parte de nuestra historia evolutiva, cuando era difícil conseguir dichas drogas y su potencia era relativamente débil. La evolución podía permitirse que los primates y otros mamíferos disfrutaran de algún colocón ocasional con alguna fruta fermentada que se encontraran caída en la selva, como también pudo permitirse pasar por alto un poco de masturbación o sexo no re-

productivo. Sin embargo, no pudo prever que uno de estos primates, con su gran cerebro, su uso de herramientas y su capacidad para acumular innovaciones culturales, averiguaría de repente —en un abrir y cerrar de ojos, en términos evolutivos— cómo elaborar cerveza, vino y, después, asombrosos licores eficazmente destilados. Las teorías del pirateo sostienen que estos venenos pudieron penetrar nuestras defensas evolutivas porque la evolución es muy perezosa ante una rápida innovación humana.

Un defensor clásico de este punto de vista es el fundador del campo de la medicina evolutiva, Randolph Nesse, que escribe:

Las drogas psicoactivas puras y las rutas de administración directas son, por lo que respecta a la evolución, características nuevas de nuestro entorno. Son intrínsecamente patógenas, porque sortean los sistemas de procesamiento de la información adaptativos y actúan de forma directa sobre antiguos mecanismos cerebrales que controlan las emociones y la conducta. Las drogas que inducen emociones positivas emiten la falsa señal de un beneficio adaptativo. Estas señales interceptan los mecanismos incentivadores como «gustar» y «querer», lo que puede dar lugar a un consumo de drogas continuado que ya no produce placer [...]. Las drogas de consumo recreativo crean una falsa señal en el cerebro de la llegada de un inmenso beneficio adaptativo.⁴⁰

El psicólogo evolutivo Steven Pinker considera asimismo que el consumo moderno de intoxicantes es fruto de la confluencia de dos rasgos de la mente humana: nuestro gusto por las recompensas químicas y nuestra capacidad para resolver problemas. Una sustancia que logre forzar la cerradura del placer en nuestro cerebro, aunque sea por casualidad, se volverá central en la búsqueda de objetivos e innovación, aunque perseguir esa sustancia acarree —desde una perspectiva puramente adaptativa— consecuencias neutras o negativas.⁴¹ Nuestro impulso sexual es, como

40. Nesse y Berridge, 1997, pp. 63-64.

41. Como observa Pinker, «las personas consumen pornografía cuando de

decíamos, otro buen ejemplo de esta dinámica. La evolución nos provee de un eficaz sistema de incentivos, en forma de placer sexual y orgasmos, y después se limpia las manos y se marcha satisfecha, creyendo ingenuamente que acaba de asegurarse de que ahora sólo queramos relaciones heterosexuales y vaginales y que, de ese modo, nuestros genes se transmitan a la siguiente generación. Es obvio que no tiene ni idea de lo que son capaces los humanos. Como ejemplo de antiadaptación a causa del piratero de los sistemas de recompensa, Pinker señala que «las personas consumen pornografía cuando de hecho podrían salir a buscar pareja». Por supuesto, esto es sólo un hilo en el rico tapiz de travesuras sexuales no reproductivas a las que somos propensos, pero apunta a por qué la evolución debería estar muy alerta a la subversión de sus diseños.

Un estudio, que consistía básicamente en troleear unas moscas de la fruta privadas de sexo, refuerza esta preocupación. Dado lo pequeñísimas que son y lo mucho que, en apariencia, se diferencian de nosotros, resulta sorprendente que las moscas de la fruta (*Drosophila*) sean tan buenas sustitutas de los humanos en muchos aspectos, incluida su forma de procesar el alcohol.⁴² A las moscas de la fruta les gusta beber, se emborrachan, y eso estimula sus sistemas de recompensa de manera similar a la nuestra. También se pueden volver alcohólicas: acaban prefiriendo la comida muy cargada de alcohol a la normal y, con el tiempo, ese deseo es cada vez más intenso. Si se las priva del alcohol, se dan

hecho podrían salir a buscar pareja, olvidan la comida para comprar heroína, venden su sangre para adquirir entradas para ir al cine (en India), posponen tener hijos para llegar a ser directivas en las empresas donde trabajan, y se devoran a sí mismas al poco de ser sepultadas. El vicio humano consiste en probar que la adaptación biológica es, dicho lisa y llanamente, una cosa del pasado. Nuestra mente está adaptada a las dimensiones de las pequeñas bandas que salían a buscar comida en las cuales nuestra familia vivió el 95 por ciento de su existencia, no a las contingencias desordenadas que hemos creado a partir de las revoluciones agrícola e industrial» (Pinker, 1997, p. 207) [traducción de Ferran Meler-Orti]. Véanse otras expresiones de la hipótesis del piratero en Hyman, 2005, y Wise, 2000.

42. Heberlein *et al.*, 2004.

un atracón cuando se les vuelve a administrar.⁴³ Todo esto es claramente antiadaptativo, al menos en los niveles de alcohol utilizados en el laboratorio, donde la comida que se baña con él suele alcanzar la graduación de un contundente shiraz australiano (alrededor de 15°-16°). A las moscas de la fruta que beben shiraz les cuesta volar en línea recta y, por tanto, localizar comida y parejas. El estudio realizado con las moscas de la fruta privadas de sexo reveló además que, en esencia, cuando se les niega el sexo, recurren a la botella.⁴⁴ El consumo de alcohol desencadena de forma artificial la misma señal de recompensa que el apareamiento, lo que significa que las moscas de la fruta borrachas tienen un menor interés en la conducta de cortejo, ya que consiguen su placer en otra parte. A las moscas quizá les vaya bien así, pero no tanto a sus genes.⁴⁵

Resacas evolutivas: monos borrachos, *kimchi* líquido y agua contaminada

Las teorías del pirateo, que se solapan un poco con las teorías de la «resaca» comentadas en la introducción, sostienen que nuestro gusto por los intoxicantes es un nuevo problema evolutivo. Sin embargo, según estas teorías, ciertos rasgos de la psicología humana no son fruto de un pirateo accidental de nuestros sistemas de recompensa, sino que obedecen a lo que originalmente fue un buen objetivo adaptativo, y ahora han perdido su utilidad. La comida basura es un ejemplo clásico. La evolución nos ha diseñado para recibir pequeños chutes de recompensa por consumir menús con una alta densidad calórica, en especial si contie-

43. Devineni y Heberlein, 2009.

44. Shohat-Ophir *et al.*, 2012.

45. Dicho esto, sin duda hay otros factores adaptativos que influyen en la atracción del alcohol para las moscas de la fruta y su capacidad de procesarlo. La búsqueda de etanol las lleva a las frutas demasiado maduras —su principal fuente de alimento— y, como veremos más adelante, a veces utilizan su alta capacidad de procesamiento del alcohol contra los depredadores, como las avispas parasitoides.

nen grasa o azúcar. Al ser ciega y bastante lenta, no pudo prever la llegada de las tiendas que venden una asequible infinidad de golosinas industriales con azúcar, patatas fritas y productos cárnicos procesados.

En lo que respecta a nuestro gusto por el alcohol, tal vez la teoría de la resaca más destacada sea la hipótesis del «mono borracho» propuesta por el biólogo Robert Dudley.⁴⁶ En las densas selvas tropicales donde evolucionaron al principio los humanos, las células de levadura producen alcohol en la fruta madura y caída como parte de su guerra química contra las bacterias, que son menos tolerantes al alcohol y compiten con la levadura por los nutrientes de la fruta. El alcohol, por tanto, debe su propia existencia a una histórica y violenta batalla entre las levaduras y las bacterias. Dudley sostiene que una característica secundaria del alcohol (*etanol*, en su término técnico) es la clave de por qué los primates adquirieron el gusto por él. El etanol es muy volátil, es decir: es una molécula diminuta y ligera que puede viajar largas distancias en el aire. Por tanto, sus condiciones son las ideales para servir de gong olfativo y anunciar la cena a muy diversas especies; entre ellas, sin duda, las moscas de la fruta, cuyo gusto por el alcohol está probablemente relacionado con la capacidad de guiarse hacia la fruta.

Dudley afirma que ocurrió lo mismo con los humanos, y también con algunos de nuestros antepasados y primos primates: al seguir el olor de las moléculas del alcohol para encontrar e identificar la rara presa que era la fruta caída, acabaron asociando el alcohol en pequeñas cantidades con una nutrición de alta calidad. Aquellos especialmente prendidos de su sabor o sus efectos farmacológicos habrían sido más propensos a buscarlo, adquiriendo así más calorías que sus congéneres abstemios. Esta ventaja adaptativa favoreció el desarrollo del gusto por el alcohol, y también de la capacidad para metabolizarlo. Así, Dudley argumenta que el alcohol nos hace sentir bien porque, en nuestro entorno evolutivo, estaba asociado a un alto beneficio calórico y nutritivo. No es más que por una resaca evolu-

46. Dudley, 2014 y 2020.

tiva por lo que los urbanitas modernos siguen obteniendo placer del alcohol cuando hoy sólo tiende a causar daños hepáticos, obesidad y muertes prematuras. Como dice Dudley: «Lo que una vez dio buenos resultados y seguros en la selva, cuando las frutas contenían sólo pequeñas cantidades de alcohol, puede ser peligroso cuando vamos al supermercado a por cerveza, vino y licores destilados».⁴⁷

Otras teorías de la resaca aducen que la fermentación de cereales y frutas fue útil para hacer sus calorías más transportables y duraderas, lo que permite la conservación de recursos que, de otro modo, se echarían a perder en un mundo sin frigoríficos.⁴⁸ El alcohol, según este punto de vista, servía tradicionalmente como una versión más divertida del *kimchi* o los pepinillos. Es obvio que esto no es un beneficio menor de la fermentación: hoy en día sigue habiendo emprendedores en el norte de Tanzania que fermentan vinos a base de plátano y piña para conservar frutas que de otro modo se pudrirían enseguida tras la cosecha y, por supuesto, para producir una riquísima cerveza.⁴⁹ Otra ventaja de la fermentación, al menos cuando hablamos de la transformación de cereales en cerveza, es el «enoblecimiento biológico», como lo denominó el nutricionista británico B. S. Platt tras observar que, al fermentar maíz para producir cerveza, su contenido en micronutrientes y vitaminas esenciales aumentaba al doble.⁵⁰ Esta transformación nutricional, por efecto de las levaduras en la fermentación del cereal,

47. Añade: «Algunos seres humanos, en efecto, abusan del alcohol, ya que activa vías neuronales antiguas que antes eran nutricionalmente útiles, pero que hoy emiten una falsa señal de recompensa tras un consumo excesivo» (Dudley, 2014, pp. xii, xiii).

48. Steinkraus, 1994; Battcock y Azam-Ali, 1998.

49. Véase <<https://www.economist.com/middle-east-and-africa/2018/02/08/what-is-cheaper-than-beer-and-gives-you-energy>> [Consulta: 12/01/2022].

50. La fermentación del maíz para producir cerveza casi duplica los niveles de riboflavina y ácido nicotínico, y triplica o cuadruplica los niveles de vitaminas B; convertir el trigo en cerveza produce aminoácidos esenciales, aumenta los niveles de vitaminas B y aporta sustancias que mejoran la absorción de minerales esenciales. Platt, 1955; Steinkraus, 1994, y Katz y Voight, 1986.

pudo ser de especial importancia en las sociedades agrícolas premodernas. La arqueóloga Adelheid Otto sostiene que, al menos en Mesopotamia, el contenido nutricional de la cerveza fue vital para completar la «deprimente dieta» de las personas, basada casi sólo en las féculas, con muy pocas verduras, frutas y carnes frescas.⁵¹ Se cree que, aún en la Inglaterra previctoriana, la cerveza representaba una considerable parte de la ingesta calórica de una persona promedio.⁵²

Esto apunta a otra ventaja del alcohol para los pueblos premodernos: su elevado aporte calórico. Un gramo de alcohol puro tiene siete calorías, frente a las nueve de la grasa y las cuatro de la proteína. Es preocupante darse cuenta de que un modesto trago de 150 ml de vino tinto tiene tantas calorías como una porción de *brownie* de 12 cm² o una bola de helado pequeña (unas 130 calorías). En varios estudios se ha calculado que, en ciertas culturas históricas e incluso contemporáneas, la cerveza puede constituir hasta un tercio o más de la ingesta calórica.⁵³ Como sabe tristemente cualquiera que esté a dieta, las bebidas alcohólicas tienen tanta densidad calórica que hay algo de verdad en el eslogan de la Guinness, esa venerable cerveza negra: «Una comida en cada vaso». Como ocurre con muchos aspectos de nuestra biología, lo que es un problema para los bebedores modernos pudo ser un gran beneficio para nuestros antepasados, siempre hambrientos y necesitados de nutrientes.

Hay otra categoría de teorías de la resaca que no se centran en la volatilidad del alcohol o su capacidad de conservar las calorías o aportar vitaminas, sino en sus propiedades antigérmicas. Como dijimos, el alcohol es antibacteriano, ya que lo producen las levaduras y lo utilizan como arma contra las bacterias para aventajarlas en la descomposición de la fruta y los cereales. De ahí que el alcohol puro sea un excelente desinfectante. Incluso en la forma consumida por los humanos, más diluida, parece conservar ciertas propiedades antimicrobianas y antiparasitarias.

51. Curry, 2017.

52. Véanse los estudios citados en Chrzan, 2013, pp. 53-55.

53. Véanse los estudios citados en Dietler, 2020, p. 118.

Por eso no es desaconsejable beber alcohol cuando comes *sushi*: maridar el pescado crudo con sake puede ayudar a matar cualquier mal bicho que ronde por ahí.

Incluso las moscas de la fruta aprovechan el alcohol de ese modo. Ya hemos señalado que pueden ser unas auténticas bebedoras, y su alimentación, basada en la fruta, las hace relativamente tolerantes al alcohol, como las levaduras. Las moscas de la fruta hacen un genial truco evolutivo cuando notan la presencia de avispas parasitoides. Estas avispas son unos repulsivos depredadores que, sin ningún miramiento, depositan sus huevos dentro de los huevos de las moscas de la fruta. En unas circunstancias normales, este huevo se desarrolla y se convierte en una pequeña larva de avispa que, después, se alimenta de las larvas de la mosca, las devora desde dentro y después sale a buscar nuevas víctimas. En un entorno donde dichas avispas son una amenaza, las moscas hembras buscan frutas con un alto contenido en alcohol para poner sus huevos en ellas. El alcohol no les sienta muy bien a sus propias larvas, y ralentiza su crecimiento, pero las moscas de la fruta pequeñas toleran el etanol mucho mejor que las sensibles larvas de la avispa, que suelen morir. Sacrificar una parte de su descendencia envenenándola con alcohol es un precio pequeño que pagar si al menos pueden sobrevivir algunas. La relativa tolerancia de la mosca de la fruta al alcohol, potenciada en un principio por su dependencia de la fruta para alimentarse, se convierte de este modo en un arma contra un odiado enemigo.⁵⁴

Por último, el proceso de fermentación de las bebidas alcohólicas también tiene un efecto desinfectante sobre el agua con la que se elaboran. Durante buena parte de la historia de la humanidad, sobre todo tras el surgimiento de la agricultura y la densa vida urbana, era muy peligroso beber el agua de la que disponían. Es posible, por tanto, que la fermentación alcohólica sirviese también para hacer que el agua contaminada fuese potable. En algunas comunidades sudamericanas, la chicha (cerveza de maíz) sigue siendo una importante fuente de hidratación en las regio-

54. Milan, Kacsoh y Schlenke, 2012.

nes que carecen de tratamiento de aguas.⁵⁵ También se han citado varias propiedades medicinales para explicar nuestro gusto por los intoxicantes de origen vegetal; muchos de ellos, además de hacernos ver extrañas figuras de colores, dioses o animales parlantes, son medicinas bastante eficaces contra los parásitos.⁵⁶

No sólo Twinkies y porno: más allá de las teorías de la resaca y del pirateo

Cuando las personas se han preguntado en serio por los orígenes de nuestro gusto por la intoxicación, muy pocas han ido más allá de este tipo de relatos sobre los Twinkies y el porno. De entrada, no son inverosímiles. Las teorías de la resaca, en particular, son intuitivamente convincentes, porque hay algo de verdad en ellas: el alcohol sí realiza todas esas funciones superútiles. Su olor puede señalar recompensas muy ventajosas en forma de fruta. Tiene valor nutricional, desinfecta y sabe muy bien.

Pero, a fin de cuentas, todas producen al final una cierta insatisfacción, como media pinta tibia de cerveza ligera en una calurosa tarde veraniega. Las teorías del pirateo chocan contra el firme muro del puro y brutal coste del consumo de alcohol y otros intoxicantes. Las teorías de la resaca, como la hipótesis del mono borracho, han sido cálidamente recibidas por los primatólogos y ecologistas, que señalan que los primates salvajes parecen evitar el tipo de fruta madura que da lugar al etanol, y apuntan a los estudios que indican que los humanos preferimos con creces la fruta en su punto de madurez (sin etanol) a la fruta muy pasada⁵⁷ (yo sí, desde luego). Otras teorías de la resaca se topan

55. Rosinger y Bathancourt, 2020, p. 147. Véanse también Vallee, 1998, y Arthur, 2014.

56. Por ejemplo, Sullivan, Hagen y Hammerstein (2008) sostienen que las neurotoxinas vegetales pueden servir como antihelmínticos, los cuales pudieron proporcionar una considerable ventaja adaptativa a nuestros antepasados, que vivían menos tiempo y con muchos parásitos sin los beneficios de la medicina moderna.

57. Véase, por ejemplo, el comentario de Katharine Milton (2004), colega

con la mala suerte de que las funciones postuladas del alcohol u otras drogas en el entorno de nuestros antepasados también las podían cumplir otras cosas que no te paralizaban buena parte del cerebro ni te provocaban una aguda jaqueca al día siguiente.

Por ejemplo, se puede «ennoblecere» biológicamente un cereal como el trigo, el mijo o la avena fermentándolo para producir gachas, una práctica común en pequeñas comunidades agrícolas en todo el mundo. Las gachas fermentadas también resuelven el problema del almacenamiento. Por ejemplo, una costumbre irlandesa es convertir la avena en unas gachas que fermentan durante semanas, solidificándose poco a poco hasta adquirir la consistencia de una masa similar a la del pan que se puede cortar en rebanadas y freír cuando sea necesario. Están riquísimas, sobre todo con tocino. Convertir cereales en gachas es darles un uso más eficiente en términos nutricionales que elaborar cerveza con ellos. Las gachas de avena no te darán un agradable puntillo, ciertamente, pero eso nos hace preguntarnos por qué, para empezar, somos vulnerables a ese pirateo del cerebro. Si el criterio al que obedece es la conservación de los alimentos, ¿por qué la evolución no hizo que las personas se pirrasen por las gachas, en vez de por la cerveza? Estarían presumiblemente más sanas que sus primos bebedores de cerveza, y una cultura que se limitara sólo a las gachas evitaría muchas conductas de riesgo, accidentes físicos, cantos desafinados y resacas. Sin embargo, por lo que sabemos, en Irlanda las gachas han sido históricamente un desayuno reconfortante para la mañana siguiente, en vez de un sustituto para las sustancias causantes de ese malestar.

O pensemos si no en la hipótesis del agua contaminada: si tu agua está infestada de bacterias, sólo tienes que hervirla. Por supuesto, la teoría de los gérmenes es bastante reciente, y aún queda gente en el mundo que no está al tanto de ella. Sin embargo,

de Dudley en la Universidad de California en Berkeley, quien también señala que hay mamíferos que no comen fruta, como los ratones y las ratas, que muestran patrones de consumo de alcohol similares a los humanos. Sin embargo, como apunta Dudley (2020, p. 10) en su defensa, en otras obras más recientes (Peris *et al.*, 2017) se afirma que la fermentación de la fruta puede potenciar su aroma y hacerla más apetecible para los mamíferos y las aves.

como han demostrado las soluciones humanas a la mayoría de los problemas adaptativos, no necesitamos saber nada sobre la correspondiente causalidad real para resolver un problema a través de la prueba y el error. Las personas lo hacen todo el tiempo. A las culturas se les da aún mejor, ya que tienen muy buena capacidad para «recordar», buscar soluciones a los problemas y transmitirlos para el beneficio de los miembros de dichas culturas o ayudar a la expansión del propio grupo.⁵⁸

Imaginemos una situación donde varios grupos compiten por los recursos en un paisaje lleno de ríos y lagos, pero infestados de patógenos. No hace falta que nos preocupemos por los grupos que no elaboran alcohol, ya que murieron mucho tiempo atrás; como era de esperar (para los observadores externos), más o menos cuando el agua empezó a ponerse mala. Los grupos sobrevivientes han descubierto el alcohol y han desarrollado la práctica de beber sólo cerveza, que ha depurado el agua a través de la fermentación. Uno de los grupos, sin embargo, descubre que beber el agua donde han hervido el pescado de la cena los hace sentirse con más energía a la mañana siguiente, con menos diarrea, retortijones y demás síntomas que conocemos bien todos los que hemos bebido un agua que no debíamos. Algunas personas empiezan a beber sólo esta «agua de pescado» mágica y evitan la cerveza y el agua sin tratar. Se vuelven más activas y sanas y les van mejor las cosas que a quienes no la beben, de modo que este grupo acaba creyendo que sólo el agua bendita por el Dios Pescado es apta para el consumo humano, y que todas las demás bebidas son tabúes. El Clan del Dios Pescado empieza a superar a sus vecinos, los bebedores de cerveza. Éstos también se han librado de las enfermedades transmitidas por el agua; pero las resacas y el cansancio tras sus largas veladas bebiendo alcohol los hacen llegar un poco más tarde a las pesquerías. Los bebedores de agua de pescado empiezan a eliminar o

58. La mejor introducción al poder de la evolución cultural y nuestra dependencia de ella como especie es Henrich, 2015. Véase también el segundo capítulo de este libro a propósito de la importancia para los humanos de la cultura acumulada.

asimilar poco a poco a los bebedores de cerveza; o los grupos de bebedores de cerveza ven la luz y deciden convertirse a la secta del Dios Pescado y renuncian a todas las demás bebidas. Al cabo de unas pocas generaciones, tras el descubrimiento del agua de pescado, el consumo de alcohol ha sido completamente erradicado.

Tal vez la muestra histórico-cultural más evidente contra la idea de que fue la necesidad de depurar el agua lo que impulsó el invento del alcohol es el caso de China. En las esferas culturales chinas, se bebe té desde siempre (bueno, al menos desde hace algunos milenios), y durante mucho tiempo también tuvieron unas estrictas normas culturales contra la ingesta del agua sin tratar. Como es natural, no es así como lo enmarcan: según las creencias de la medicina tradicional china, beber agua fría daña el *qi*, o la energía, o el estómago. Si necesitas beber agua, debe ser «agua clara» (*kaishui*), hervida y tomada tibia o al menos a temperatura ambiente. La teoría se centra en la temperatura y su efecto sobre el *qi*, no en el peligro de los patógenos transmitidos por el agua, pero su función es la misma: no bebas agua a menos que esté hervida y se hayan matado todas sus porquerías. Parece, pues, que las culturas chinas y las de su influencia —en conjunto, una altísima proporción de las personas que han vivido jamás en la Tierra— han resuelto el problema de los patógenos a través del recurso de beber sólo té o agua hervida.

Y aun así tienen bebidas alcohólicas. A mares. Desde la época de la dinastía Shang (1600-1046 a. C.) hasta el presente, el alcohol ha dominado las reuniones rituales y sociales en el ámbito cultural chino como en cualquier otra parte del mundo, si no más. Esto no tendría sentido si matar los patógenos en el agua o en el estómago fuese la función principal de las bebidas alcohólicas. Una vez que los chinos descubrieron el té y adoptaron normas contra la ingesta de agua no tratada, el consumo de alcohol debería haber ido en descenso hasta desaparecer, ya que su función principal ha sido suplida por algo mucho menos peligroso, costoso y fisiológicamente nocivo. Que lamentablemente siga existiendo el *baijiu* (alcohol blanco), un espirituoso a base de sorgo con unos efectos tremebundos, nos recuerda que no ha

sido así. También es importante señalar que, en realidad, la hipótesis del agua contaminada no encaja con otras normas culturales que nos encontramos al echar un vistazo por el mundo. Hay grupos que tienen cerveza o vino y suelen beber agua no tratada, o que mezclan sus bebidas con ella.⁵⁹ Nada de esto tendría sentido si la principal función adaptativa del alcohol fuese ayudarnos a evitar los dolores de tripa.

Dados los evidentes costes del consumo de alcohol, las dinámicas evolutivas culturales hacen pensar que se habrían descubierto y aprovechado rápidamente soluciones alternativas a los problemas del agua contaminada, la falta de micronutrientes o la conservación de los alimentos. No es esto lo que ha sucedido, por decirlo suavemente.

Un auténtico misterio evolutivo: el enemigo en la boca que se escabulle del cerebro

Se formulen como pirateos del cerebro o como resacas evolutivas, las teorías existentes coinciden en considerar un error nuestro gusto por la intoxicación, y que los intoxicantes desempeñan una escasa o nula función en las sociedades humanas contemporáneas. ¿Necesitas localizar regiones densas en calorías en tu entorno? Ve a un supermercado. ¿Necesitas conservar tus alimentos? Guárdalos en el frigorífico. ¿Tienes problemas de lombrices al defecar? La mayoría de los médicos te recetarían un antihelmíntico antes que una cajetilla de cigarrillos. ¿El agua está contaminada? Simplemente hiérvela. Sin embargo, la realidad sigue siendo que a la mayoría de la gente le gusta beber y colocarse, resistiéndose a unas fuertes presiones selectivas contrarias. Los grupos culturales han sido similarmente obstinados en su perseverante entusiasmo por el alcohol y otras drogas.

59. Dietler (2006) señala, en respuesta a Joffe (1998), que los estudios transculturales muestran que la gente bebe con frecuencia tanto alcohol como agua, o que los mezclan. Es muy sabido que los griegos rebajaban su vino con agua.